

Violencia y juventud en América Latina

MARCO VINICIO FOURNIER

En este artículo se analiza el problema de la juventud y la violencia. A partir de investigaciones y estadísticas oficiales se examina la situación de los jóvenes como víctimas y victimarios, en comparación con los adultos. Hay una tendencia significativa de los jóvenes a ser más violentos en sus normas, actitudes y conductas, pero también a ser víctimas primordiales de esta misma violencia, así como de las condiciones de inequidad del ordenamiento social, cultural y económico vigente. Hacia un primer intento de explicación de este fenómeno, se describe brevemente el contexto sociocultural actual y su relación con la violencia, dentro del que se estudia el proceso de desarrollo de nuestros jóvenes.

La violencia se ha extendido como una epidemia a través de todo el continente americano, manifestándose de múltiples formas, desde la agresión intrafamiliar hasta la violencia estructural en el plano económico, político y cultural. Este fenómeno no es producto del azar, se trata de un proceso que tiende a reproducirse en todas las sociedades del planeta en los últimos 15 años que va agudizándose día a día, sin que hasta el momento se hayan podido establecer estrategias adecuadas para contenerlo y mucho menos para revertirlo.

En los últimos años, este proceso se ha venido manifestando cada vez más entre los jóvenes, especialmente a raíz de los asesinatos en masa en colegios estadounidenses (Heide; Hull), así como el fenómeno de formación de pandillas juveniles en prácticamente todos los países del continente (Smutt/Miranda; Díaz). En lo que respecta a las tragedias crecientes ocurridas en Estados Unidos, la corta edad de las víctimas y de los victimarios, y la irracionalidad de los motivos, han hecho que estos acontecimientos sean tratados en la prensa de manera sensacionalista y con un muy pobre análisis psicosocial. Esta situación, unida a las experiencias cotidianas de la población con las bandas juveniles, como espectadores de sus enfrentamientos o como víctimas de sus asaltos, ha provocado una percepción exagerada del problema de la violencia

MARCO VINICIO FOURNIER: docente de la Escuela de Psicología; miembro del Consejo Universitario de la Universidad de Costa Rica.

Palabras clave: juventud, violencia, América Latina, Costa Rica.

en los jóvenes, a tal punto de limitar en algunas ocasiones el fenómeno global de la violencia únicamente a la juventud, y a enfocarlo desde un punto de vista individual, y hasta genético, así como a un problema exclusivamente criminológico, y por ende con soluciones limitadas en el plano represivo (Fournier/Pérez). Este manejo inadecuado del fenómeno tiende a generar prejuicios que a su vez victimizan directamente a los jóvenes e invisibilizan las verdaderas raíces de la problemática, y por ende sus verdaderas soluciones.

Interesa entonces analizar con mayor detalle la magnitud del fenómeno de la violencia en la juventud, en comparación con la de los adultos, así como la situación de los jóvenes, tanto en su papel de victimarios como de víctimas, y el contexto sociocultural que pudiera brindarnos alguna luz sobre las posibles causas de su aumento en las dos últimas décadas. Lo cierto es que la violencia juvenil no es más que la punta de un enorme *iceberg* que viene gestándose poco a poco en nuestra cultura, cuyas raíces son múltiples y muy complejas, y cuya cobertura no se limita ni a los estratos jóvenes de la población, ni a las clases marginales, por el contrario, abarca en menor o mayor grado, o quizás deberíamos decir con menores o mayores grados de publicidad, a todos los sectores de nuestra sociedad.

En las próximas páginas trataremos de estudiar algunas de las raíces del problema, sin pretender en ningún momento ser exhaustivos; nuestro interés es estimular la discusión y el análisis de un tema de preocupación general, con el que pretendemos trasladar el foco de atención desde la perspectiva individual o microsocia, hacia otra macrosocia, lo cual a su vez nos permitirá ampliar las opciones de solución, desde el enfoque represivo, imperante actualmente, hacia la transformación estructural de nuestro ordenamiento jurídico, económico, social y cultural.

Los jóvenes como victimarios

Es innegable el hecho de que nuestra juventud ha alcanzado niveles muy altos de violencia. Sin embargo, es difícil afirmar cuáles son exactamente estos niveles, y si los mismos son superiores en comparación con el de los adultos. La situación de delincuencia entre este grupo etario no solo pareciera ser alta, sino que además, la violencia de los hechos concretos tiende a ser alarmante. Casos como los ocurridos en los colegios de EEUU, o los enfrentamientos entre bandas en México, Guatemala, El Salvador, Bogotá o Río de Janeiro, son ejemplos muy gráficos de la gravedad del problema. En Costa Rica, dos jóvenes rociaron gasolina sobre un vagabundo dormido y le prendieron fuego; otro violó a su madre y luego la estranguló. En muchos casos, los jóvenes actúan agresivamente como *modus vivendi* ante la marginalidad, pero también en otros casos como mecanismo de identidad, expresión y reconocimiento (Smutt/Miranda; Amador; Zamora).

Muy a menudo, la atención se concentra en estos hechos de extrema violencia, cuyo impacto es más directo y visible en parte de la población, y acerca

de los cuales los medios parecieran tener un creciente interés en divulgar y exaltar. Sin embargo, vistos en perspectiva, tales hechos tienden a ser relativamente aislados en el conjunto de la población juvenil, y posiblemente su tasa sea inferior si se la compara con la de los adultos. Basta con confrontarlos con los procesos represivos de muchos de nuestros países, con miles de personas desaparecidas, muchas de ellas jóvenes, o los crímenes cometidos por los carteles del narcotráfico para darnos una idea de la engañosa exclusividad de la violencia juvenil. Desgraciadamente no se cuenta con bases de datos confiables y completas sobre las tasas de criminalidad en la región, y mucho menos con tasas diferenciadas por grupo etario. No obstante, es interesante observar los datos de la Encuesta Mundial sobre Tendencias del Crimen y de los Sistemas de Justicia Criminal de las Naciones Unidas (Burnham/Burnham), que aunque limitados en cuanto a la disponibilidad de información específica para la mayoría de los países latinoamericanos (no existen datos suficientes sobre tasas de convictos, procesados o encarcelados), nos permite comparar las tasas de jóvenes y adultos sospechosos en cuatro diferentes países (cuadro 1). Los datos nos muestran que, al menos en este rubro, los jóvenes tienen tasas inferiores a las de los adultos. Esta situación es interesante, puesto que por lo menos a nivel delincuencial, no pareciera confirmarse la percepción popular en el sentido de que los jóvenes son los únicos –o al menos los más– violentos.

En un estudio (Orpinas/De los Ríos) realizado en Madrid y siete ciudades de la región (San Salvador, San José, Cali, Caracas, Bahía, Río y Santiago), se entrevistaron alrededor de 1.200 individuos por ciudad. Los resultados permiten comparar normas, actitudes, habilidades y conductas relacionadas con la violencia en jóvenes (18 a 25 años) y adultos (más de 25 años). Se comprueban niveles superiores de violencia, tanto en la predisposición (normas y actitudes), como en las conductas violentas hacia terceros, así como en cuanto a la ausencia de habilidades que posibiliten reacciones más controladas ante situaciones de conflicto. Llama la atención de manera especial el hecho de que la violencia hacia terceros muestra diferencias significativas en todas las ciudades investigadas.

Si bien la violencia es un fenómeno distribuido en toda la población, el estudio muestra que existe una tendencia más aguda y particular entre los jóvenes. Sin embargo, detrás de estos hechos se esconde una situación de violencia estructural, de la cual la juventud es víctima preferencial. El análisis de este sustrato es imprescindible para lograr un acercamiento adecuado a la problemática, y para iniciar la comprensión de las principales raíces y sus posibles soluciones. Este problema, más de tipo macrosocial, no solo tiende a ser menos evidente y más complejo, sino que inevitablemente cuestiona fundamentos importantes de nuestro ordenamiento, así como de nuestra autoimagen como país, como región y como cultura. Obviamente su identificación nos obligaría a tomar soluciones más complejas y en muchos casos contrarias a los sectores dominantes. Es posible que en ello se encuentre este tipo de análisis con muy poca frecuencia, y generalmente se le evite o se le

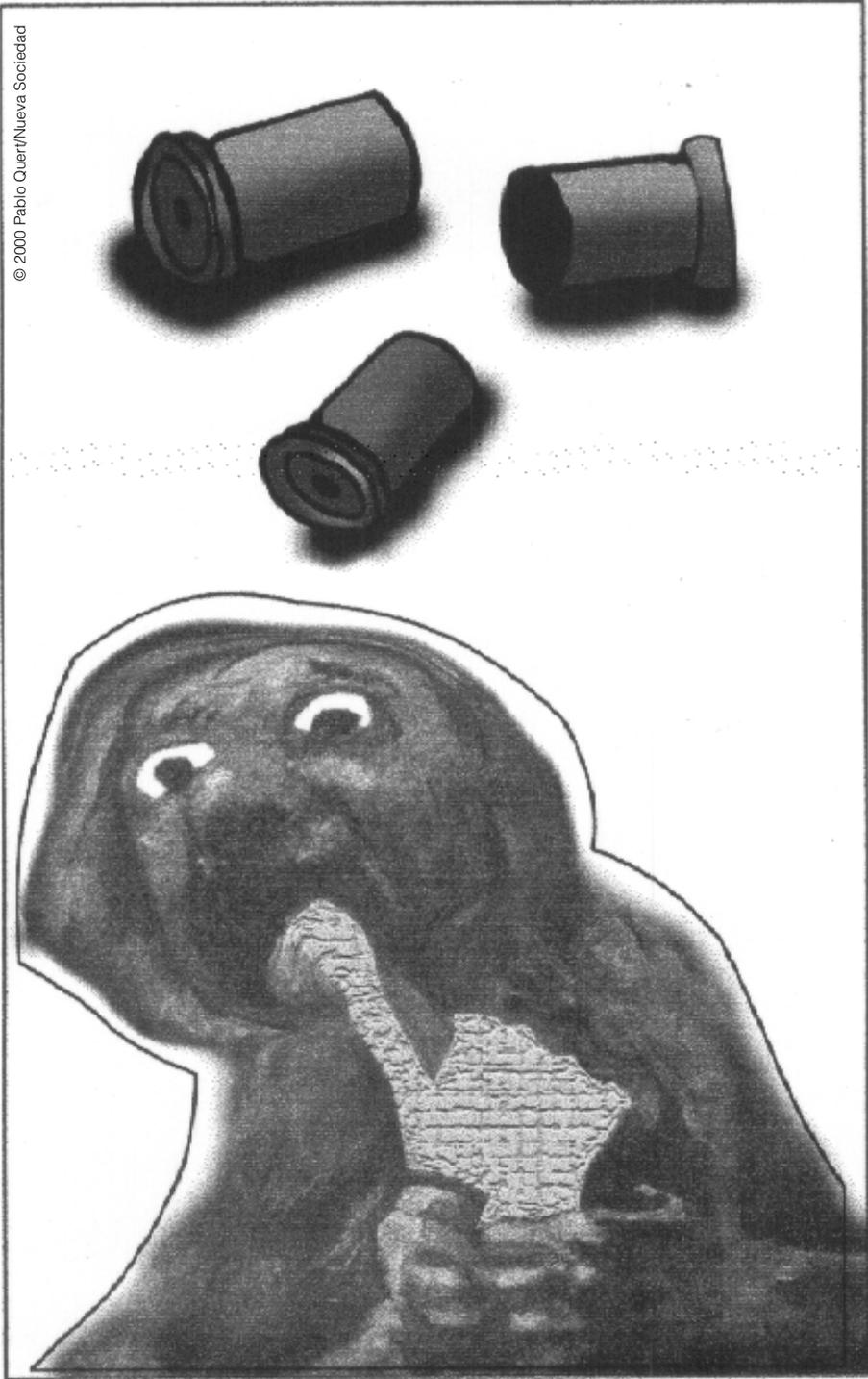
trate en forma superficial por parte de gobernantes y medios de comunicación (Matute et al.; Von Drehle/LeDuc; Verhovek).

Los jóvenes como víctimas

En Costa Rica, la tasa de menores en riesgo social es tres veces mayor a la tasa general de delitos contra la propiedad y más de 20 veces la tasa de delitos contra la persona (Fournier 1995). Esto no es más que un ejemplo de la situación de los jóvenes dentro de nuestros países. Si se observa el cuadro 2, donde se comparan jóvenes y adultos con respecto a la frecuencia de victimización en diferentes rubros, observamos que salvo dos excepciones los jóvenes reportan una mayor frecuencia de victimización que los adultos. La situación es aún más elocuente si analizamos la condición socioeconómica de los jóvenes. Así por ejemplo, la educación es un componente básico para el desarrollo posterior, tanto en lo que respecta a la preparación cívica y estructuración axiológica, como en su capacidad de incrementar una importante prevención primaria de la violencia. Como vía primordial de movilidad social y desarrollo humano integral, la educación muestra en toda la región indicadores preocupantes en cuanto a cobertura y niveles de deserción, especialmente entre los jóvenes. Según datos de la Cepal (mediante encuestas de hogares en los países de la región), la población juvenil con menos de 10 años de escolaridad y que actualmente no asiste a clases muestra niveles superiores a la tercera parte en la mayoría de los países, y en algunos de ellos la proporción supera la mitad. Por otro lado, los porcentajes de jóvenes de 15 a 24 años que trabajan y no estudian tienden a superar las dos terceras partes, y en algunos países sobrepasan el 80%. En Costa Rica, país que por décadas se enorgullecía de poseer un ejército de maestros en lugar de militares, la deserción en primaria tiene un promedio de 29,5%, y en secundaria de 53,7% (Comisión Nacional de Atención Integral del Adolescente-Cnaia). La calidad de la enseñanza también ha mostrado serios deterioros, deficiencias que se muestran por ejemplo en un aumento del 35,4% de educadores sin título en una década (Gutiérrez/Holst).

En cuanto a la salud, si bien los jóvenes tienden a presentar los niveles más bajos de morbilidad en las principales enfermedades infectocontagiosas (Cnaia; OPS), es por otra parte la población más amenazada por el alcoholismo y la drogadicción (OPS). Así, en México el 73,8% de los jóvenes menores de 18 años han probado alguna bebida alcohólica, y en Perú el 69%. En Costa Rica, en la década de los 80 los problemas de alcoholismo en los jóvenes se incrementaron en un 300%, mientras que en zonas marginales el 56% utilizan dos o más drogas, y el 51% consume psicofármacos (Cnaia). A todo lo anterior, deberíamos agregar los crecientes problemas de salud reproductiva en este grupo, y las limitaciones institucionales y culturales para acceder a mayor información y programas de prevención (Krauskopf). En Costa Rica el 16,2% de los nacimientos corresponden a madres adolescentes, en México 16%, y en Perú 7,2%; en Argentina, el 50% de la población ha tenido relaciones sexuales antes de los 19 años (OPS).

© 2000 Pablo Quert/Nueva Sociedad



Por último, en el plano económico, es innegable el hecho de que la situación ha empeorado considerablemente en los últimos años en toda la región. Si bien no existen datos específicos sobre el impacto de los programas de ajuste estructural sobre la población juvenil, es probable que dicho grupo haya sido de los más afectados, si se tiene en cuenta que se trata de uno de los sectores más excluidos. En Costa Rica, a pesar de la alta deserción escolar, el peso de los jóvenes en la población económicamente activa ha venido decreciendo desde las últimas décadas: en 1950 representaba el 40%, en 1973 el 37% y en 1984 el 33% (Krauskopf/Gutiérrez). Por otra parte, debido a su edad, poca experiencia y mala capacitación, los jóvenes que logran insertarse en el mercado laboral tienden a hacerlo en puestos de baja categoría o de muy escasa remuneración (Cnaia).

El contexto sociocultural

Unido a la precaria situación ya descrita, es importante identificar el contexto sociocultural en el cual se desenvuelven los jóvenes, sobre todo a partir del auge de los procesos de globalización. Un contexto que en gran medida determina no solo el sistema de valores imperante, sino también situaciones de violencia estructural que aumentan la victimización del sector y sirven a su vez de caldo de cultivo para la generación de conductas y actitudes violentas en los jóvenes.

Los programas de ajuste estructural, que como ya hemos señalado han tendido a provocar serias consecuencias económicas sobre amplios sectores de la población, han generado también, en interacción con las grandes transformaciones mundiales, importantes cambios en nuestra cultura latinoamericana. La necesidad de incrementar la eficiencia y la productividad ha puesto, hoy más que nunca, al dinero y al estatus en una situación de privilegio dentro de nuestro sistema axiológico. Cada vez con mayor intensidad, la capacidad de consumo se constituye en la característica primordial, tanto para valorar a nuestros conciudadanos como para evaluar nuestra propia proximidad a la felicidad y al éxito en la vida. Sin embargo, en un mundo de recursos escasos, las posibilidades reales de lograr este ideal de consumo creciente solo es accesible a una proporción cada vez más reducida de la población, y por el contrario, las grandes mayorías con ingentes esfuerzos apenas logran sobrevivir (PNUD). Ante esta situación, la competencia, otro de los valores en boga, adquiere también una posición privilegiada, no solo en lo que respecta a las estrategias productivas, sino también en todos los ámbitos de la interacción social. Valores que han facilitado la convivencia, como la solidaridad, la honestidad, o la lealtad, entran necesariamente en contradicción con el nuevo sistema axiológico, puesto que se hacen poco eficientes y competitivos. Ante esta situación, no debemos extrañarnos de encontrar indicadores que muestren tendencias muy marcadas hacia el individualismo (Fournier 1999), con énfasis en la satisfacción personal por encima de cualquier interés grupal o gremial (Coronado/Pérez).

Sin embargo, simultáneamente se propicia también, de manera contradictoria, una tendencia cada vez más marcada hacia la masificación y la estan-

darización a través de estrategias mercadológicas. Esta tendencia es de suma importancia para lograr los incrementos en la demanda, requisito indispensable de la lógica capitalista. A través de mecanismos publicitarios cada vez más eficientes (Loundon/Della Bitta), se logran implantar procesos actitudinales que buscan la identificación, expresividad y reconocimiento utilizando signos externos en gran medida irracionales, tales como la ropa o los cosméticos, en detrimento de características objetivas como la personalidad, la inteligencia o la cultura en su sentido amplio. Esta situación provoca dos paradojas importantes: por un lado, se buscan las posibilidades de sobresalir y de colocarse en una situación de poder con respecto a los pares, pero para lograrlo se debe ser lo más estandarizado posible. Por otra parte, se persigue un ideal cada vez más vedado a las grandes mayorías, y cuya tendencia a la masificación no provoca más que un paulatino y mayor alejamiento. Estos procesos son especialmente intensos en la juventud, época de fuertes demandas de identidad.

Como si esto fuera poco, las modernas estrategias de mercadeo y publicidad se orientan hacia la disolución del proceso decisional en la compra (Loundon/Della Bitta); es decir, se estimula una conducta impulsiva e irracional a la hora de escoger un producto. Desgraciadamente, este cambio no solo opera en el plano del consumo, sino que suscita impulsividad e irracionalidad en todos los ámbitos de la conducta cotidiana. Una muestra clara de esta tendencia lo constituye el fuerte predominio de la personalidad autoritaria (Adorno). Diferentes estudios (Campos; Fournier 1999) muestran el marcado predominio de esta estructura de personalidad en nuestra cultura, que se ve a su vez alimentada por el tratamiento que los medios de difusión hacen de la situación de violencia y delincuencia imperante.

Los medios a su vez, se han ido convirtiendo en el principal socializador de nuestra población (Gebner et al.). De hecho, en un estudio sobre juventud en Costa Rica (Dobles/Fournier), se encontró que este grupo etario ve durante las vacaciones 6,7 horas diarias de televisión. Esta poderosa influencia no actúa al azar, por el contrario, sus mensajes son sistemáticos no solo en el plano de las promociones comerciales e ideológicas (Gebner et al.), sino también en el estímulo e intensificación de las actitudes violentas (Mediascope).

La dinámica de la violencia

Desde hace varias décadas, se asocia la violencia con niveles altos de frustración (Dollar et al.), pero también con una estructura de personalidad impulsiva e irracional (Zillman), así como con procesos interactivos caracterizados por relaciones asimétricas, fuertes componentes de competitividad y permisividad o estimulación de la cólera, la venganza y el castigo (Tedeschi/Nesler), todo esto en el contexto de una cultura caracterizada por el refuerzo de conductas agresivas y violentas (Bandura; Fournier 1998).

Pues bien, la situación de la juventud descrita en las páginas anteriores cumple a cabalidad con los requisitos para la generación de la violencia. El

joven inicia su vida dentro de un ambiente familiar que en muchos casos es en sí mismo violento, con agresiones por parte de la madre y del padre, en los casos en que este último está presente. La agresión se expresa desde niño en múltiples facetas: abuso sexual, disciplina autoritaria, explotación laboral y económica, etc. Toda esta violencia no solo genera importantes niveles de frustración, sino que además forma parte de la base primordial para el desarrollo de una personalidad autoritaria, irracional e impulsiva. El comportamiento errático de los padres es a su vez modelo inicial para el aprendizaje de pautas de comportamiento agresivo en las relaciones interpersonales.

La precaria situación económica de las grandes mayorías viene a empeorar la situación desde temprana edad, provocando mayores niveles de frustración, así como a menudo procesos irreversibles en el desarrollo físico, mental y emocional. Las dificultades económicas lanzan a porcentajes nada despreciables de la población infantil a la calle, en busca de complementos para el sustento familiar. A aquellos que no se ven obligados a incorporarse al aparato productivo, y que tienen la posibilidad de mantenerse estudiando, les espera un nuevo ambiente lleno de agresiones e irrespetos. La lógica de la educación se fundamenta en general en principios autoritarios y de aprendizaje bancario, en donde la disciplina irracional y el temor al castigo predominan todos los días, y en donde el abuso físico e inclusive sexual es corriente. A estas alturas, la integración al grupo de pares va acompañada también de importantes frustraciones y sufrimientos, ya que la mayoría tiende a reproducir las conductas y actitudes aprendidas en el hogar.

Al llegar a la pubertad, los cambios hormonales y la presión cultural lanzan al joven hacia una arena de violentas transformaciones y demandas, para las cuales no existe orientación. Para esta etapa, muchos han buscado refugio en el alcohol o las drogas, o en las bandas juveniles que les facilitan información, identidad y reconocimiento. Por otra parte, el proceso de ideologización ya ha penetrado de manera profunda, de modo que comienzan a acumularse rápidamente nuevas frustraciones ante la imposibilidad de identificarse con sus modelos a través del consumo. Además, las contradicciones entre la masificación y la individualización, entre la realidad frustrante y el discurso oficial, y entre el comportamiento aprendido por modelaje y las prescripciones morales y éticas, generan altos niveles de agresividad. A esto último, agreguemos los efectos del aparato mercadológico y publicitario, estimulando y desarrollando aún más patrones negativos de comportamiento.

El proceso de desarrollo sucintamente descrito hasta aquí no deja ningún espacio para la contención de los impulsos agresivos, y por el contrario presiona de manera permanente y quizás de manera irreversible hacia la violencia y la irracionalidad. Ante este panorama, lo extraño es que los niveles de violencia en los jóvenes no se diferencien aún más de los de los adultos. Por otra parte, este recuento muestra claramente lo espurias que pueden ser las estrategias tradicionales de represión como medida primordial para contener el aumento de la violencia y la delincuencia. Por el contrario, puesto

que la violencia genera violencia, la represión no hace más que intensificar las ya desarrolladas tendencias en nuestra juventud.

Cuadro 1

Sospechosos jóvenes y adultos. Bolivia, Chile, Ecuador y Perú. 1993
(tasas por 10.000 hab.)

País	Jóvenes	Adultos
Bolivia	131,77	678,12
Chile	209,13	757,41
Ecuador	17,34	49,81
Perú	31,63	118,31

Fuentes: frecuencias: United World Surveys on Crime Trends and Criminal Justice Systems, 1970-1994: Restructured Five Wave Data; poblaciones: U.S. Bureau of the Census, International Data Base.

Cuadro 2

Niveles de victimización de jóvenes y adultos. Madrid y algunas ciudades de América Latina

	Bahía	Cali	Caracas	Madrid	Río	San José	San Salvador	Santiago
Robo		jóv>adult a< 0-07				jóv>adult a< 0-05		
Extorsión policial	jóv>adult a< 0-04	jóv>adult a< 0-03			jóv>adult a< 0-02			
Extorsión no policial				jóv>adult a< 0-004			adult>jóv a< 0-006	
Maltrato policial	jóv>adult a< 0-004		jóv>adult a< 0-001	jóv>adult a< 0-02	jóv>adult a< 0-01		jóv>adult a< 0-05	jóv>adult a< 0-03
Pariente asesinado			jóv>adult a< 0-031					adult>jóv a< 0-05

Fuente: Base de datos Proyecto Activa, 6 de enero de 1998.

Nota: jóvenes, entre 18 y 25 años; adultos, más de 25.

Referencias

- Adorno, T.: *Autoritarian Personality*, W.W. Norton, Nueva York, 1969.
 Amador, E.: «Niños asesinos» en *La República*, 7/5/93, San José.
 Bandura, A.: «Behavioral Theory and the Models of Man» en J. Notterman (ed.): *The Evolution*

- of Psychology. *Fifty Years of the American Psychologist*, 2ª ed., American Psychological Association, Washington D.C., 1997, pp. 154-172.
- Burnham, R.W. y H. Burnham: «United World Surveys on Crime Trends and Criminal Justice Systems, 1970-1994: Restructured Five Wave Data» en <www.icpsr.umich.edu/nacjd/sda/un.html>.
- Campos, D.: *La personalidad autoritaria y la participación política*, Cuadernos del Csuca, San José, 1991.
- Comisión Nacional de Atención Integral del Adolescente: *Juventud en cifras. Costa Rica, 1980-1992*, San José, 1993.
- Coronado, G. y M. Pérez: *Análisis psicosocial de las capas medias y su problemática organizativa*, UNA, Heredia, 1991.
- Díaz, M.: «Atrapados por la inseguridad ciudadana» en *Hombres de Matz*, 8/1994, San José.
- Dobles, I. y M. Fournier: «Características psicosociales de la juventud costarricense», OPS-IIP, San José, 1997.
- Dollar, J., L. Dood, N. Miller, O. Mowrer y R. Sears: *Frustration and Aggression*, Yale University Press, New Haven, 1939.
- Fournier, M.: «Violencia juvenil» en A.L. Rojas y S. Donas (comps.): *Adolescencia y juventud. Aportes para una discusión*, OPS, San José, 1995, pp. 215-227.
- Fournier, M.: «Cultura y violencia» en *Diálogo Centroamericano*, 30/5/1998, San José.
- Fournier, M.: «El caso de Costa Rica: un problema estructural» en *Revista de la Asociación de Ciencias Penales de Costa Rica* año 11 N° 17, San José, 7/1999.
- Fournier, M. y R. Pérez: *Autoritarismo y percepción de la violencia social: el caso de los Chapulines*, IIP, San José, 1995.
- Gebner, G., L. Gross, M. Morgan y N. Signorielli: «Growing up with Television: The Cultivation Perspective» en J. Bryant y D. Zillmann (eds.): *Media Effects*, Lawrence Erlbaum Associates Pub., Nueva Jersey, 1994, pp. 17-42.
- Gutiérrez, I. y B. Holst: *Indicadores sobre el estado actual de los derechos de la niñez en Costa Rica*, IIP, San José, 1997.
- Heide, K.M.: *Young Killers: The Challenge of Juvenile Homicide*, Sage University Papers, Beverly Hills, 1998.
- Hull, J.: «A Boy and his Gun» en *Time Magazine*, 2/8/1993.
- Krauskopf, D.: *Adolescencia en Costa Rica: necesidades de atención en su salud y sexualidad*, IIS, San José, 1992.
- Krauskopf, D. y A. Gutiérrez: *Características sociodemográficas de la juventud en Costa Rica*, IIS, San José, 1991.
- Loundon, D. y Della Bitta, A.: *Comportamiento del consumidor, conceptos y aplicaciones*, 3ª ed., McGraw-Hill, México, 1995.
- Matute, R., C. Villalobos y W. Méndez: «Hasta la policía tiene miedo» en *La Nación*, 15/3/93, San José.
- Mediascope (eds.): *National Television Violence Study*, Mediascope Inc., Los Angeles, 1996.
- OPS: «Perfiles básicos de salud de países en las Américas» en www.paho.org/spanish/sha/perfiles.htm.
- Orpinas, P. y R. de los Ríos (eds.): «La violencia: del conocimiento a la prevención» en *Revista Panamericana de Salud Pública* vol. 5 N° 4/5, 4-5/1999.
- PNUD: *Informe sobre Desarrollo Humano. Globalización con rostro humano*, PNUD, Nueva York, 1999.
- Smutt, M. y J.L. Miranda: *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*, Flasco/Unicef, San Salvador, 1998.
- Tedeschi, J. y M. Nesler: «Grievances: Development and Reactions» en R. Felson y J. Tedeschi: *Aggression and Violence. Social Interactionist Perspectives*, American Psychological Association, Washington D.C., 1993.
- Verhovek, S.H.: «15 Bodies Found as Police Search Colorado School» en *The New York Times*, 22/4/99.
- Von Drehle, D. y D. Le Duc: «Heroism Amid the Terror» en *The Washington Post*, 22/4/99.
- Zamora, T.: «Pandilla punk atacó Los Yoses» en *Al Día*, 18/4/93, San José.
- Zillman, D.: «Arousal and Aggression» en R. Geen y E. Donnerstein (eds.): *Aggression. Theoretical and Methodological Issues*, vol. I, Academic Press, Nueva York, 1983, pp. 75-101.